

pos las mujeres mutiladas trabajan sin aparente fatiga al lado de sus maridos.

Al constituirse la familia china, las leyes y la costumbre establecen con toda precisión la inferioridad absoluta de la mujer como hija y como esposa. Después de haber reverenciado á sus padres, debe reverenciar á su marido. «Si me caso con un pájaro—dice un canto popular—deberé volar con él; si me caso con un perro, seguiré su carrera; si me uno con un montoncillo de tierra, me sentaré á su lado para mirarle.» Todos los actos simbólicos de los esposales y del matrimonio, recuerdan á la mujer que la mayor de las virtudes es la sumisión. Cualquiera que sea la conducta del marido para con ella, debe resignarse y obedecer en silencio, no pudiendo quejarse ante sus padres ni ante el magistrado para obtener justicia. A lo sumo, podrá ir al templo á colgar cabeza abajo una figurilla de papel que represente á su marido, y pedir á la «diosa de la Misericordia» que vuelva á su sitio el corazón de su esposo.

La esposa debe ser «como la sombra y como el eco». Cuando el marido escoge entre sus esclavas una ó más mujeres suplementarias, la esposa debe acogerlas con benevolencia y vivir en paz con ellas. Sólo el marido tiene derecho á divorciarse, y sin acudir á los jueces puede expulsar á su mujer bastándole acusarla de estar enferma ó ser charlatana. Sin embargo, cuando está cansado de la mujer, prefiere por lo común deshacerse de ella vendiéndola mediante un contrato, con el que la sociedad nada tiene que ver. Finalmente, no ha desaparecido por completo de las costumbres públicas, la del suicidio de la viuda sobre la tumba de su marido. No se escoge para estos casos la pira ardiente de las viudas indias, sino el opio, el hambre, el ahogarse, el estrangularse ú otro medio parecido que permita á la esposa china ir á reunirse con su esposo. Anuncian su resolución anticipadamente, y de todas partes acuden los parientes, los amigos y curiosos para aplaudirla y fortalecerla. La mujer no cree tener otra existencia que la derivada de su marido, y si disfruta cierta libertad y el marido no abusa de sus derechos absolutos, débese todo á lo tranquilas que son las costumbres. Por una especie de galantería nacional, fuera de las ciudades se elevan arcos de triunfo en honor de las doncellas y las viudas honradas. Los chinos

conceden monumentos á sus mujeres á cambio de su libertad.

En la sociedad elegante de la China, acompañan al matrimonio y demás actos de la vida un sinnúmero de ceremonias, consideradas como indispensables, aunque sea desconocido su sentido simbólico. Es preciso advertir que *li* ó «ceremonia» de los chinos se refiere á las costumbres y á cuanto diferencia el hombre civilizado del bárbaro. El chino que respeta la tradición tiene deberes que cumplir en cada fiesta civil ó religiosa, y en cada una de sus visitas ó sus recepciones. Sabe el número de saludos ó de genuflexiones que debe hacer; mide el largo del paso, la inclinación de cabeza, el parpadeo de los ojos, el timbre de la voz, la amabilidad de la sonrisa. Confucio, que sirve de modelo á toda la nación, se divertía en su tierna infancia saludando á sus camaradas con todo el ceremonial de las personas graves, les invitaba á sentarse cediéndoles respetuosamente el primer sitio, se prosternaba con ellos é imitaba los ritos que se celebran al hacer los sacrificios en honor de los antepasados. Un chino tiene derecho al título de *sabio* cuando entre sus conocimientos no falta el del ceremonial religioso y civil. «Todas las virtudes se derivan de la etiqueta», ha dicho el mismo Confucio.

Las muchas revoluciones que han agitado la China, prueban que debajo de esta masa formalista de letrados, que se divierte repitiendo máximas ó pintándolas en las paredes de las casas, se agita una muchedumbre más preocupada por los intereses positivos de la vida que por el cumplimiento de las ceremonias simbólicas. La guerra civil, que en la segunda mitad del siglo anterior devastó toda la región central del Celeste Imperio, ha demostrado la gran influencia que en éste ejercen las sociedades secretas, y también ha puesto de relieve las profundas modificaciones que han sufrido «los hijos de Han», hombres que no forman una nación inmóvil y petrificada en la adoración de su pasado, como se ha dicho con frecuencia. Los hechos han desmentido la vulgar equivocación que confunde al chino con el mandarín.

Una de las maravillas de la China es su **La Gran Muralla**, que le sirve de límite por el Norte, desde las orillas del golfo

Pe-che hasta Sining, en una longitud de 18° y medio, ó sean 1.400 millas. Fué construida por Sin-chi-hoang-ti, primer monarca que reunió bajo su mando todo el Imperio, cerca de doscientos años antes de Jesucristo. Tiene veinticinco pies de altura, y otros tantos de espesor en su base y quince en la plataforma, de modo que pueden correr por ella seis caballos de frente; toda ella está almenada, y á cada dos tiros de flecha hay una torre. Siguiendo las desigualdades del terreno, se eleva hasta 500 pies sobre el nivel del mar; y como su mole cuenta 4.500.000 pies cúbicos, se ha calculado que con sus materiales podría fabricarse un muro de seis pies de altura y dos de espesor, que diese dos veces la vuelta al globo. Esta muralla, en la que, según se dice, trabajaron por espacio de diez años muchos millones de hombres, de los cuales perecieron 400.000, y que probablemente fué muchas veces destruida y vuelta á construir, debía resguardar el Imperio de las excursiones de los tártaros ó yung-nús. Precaución inútil, porque la defensa de un reino no consiste en las murallas.

La secta de los letrados, nombre dado á los creyentes de Confucio, dejando á un lado las cuestiones especulativas y ateniéndose á las prácticas, no principia su historia auténtica sino en el sexagésimo primer año del reinado de Huang-ti, dos mil seiscientos treinta y siete años antes de Jesucristo, desde donde la va trayendo, año por año, hasta nuestros días. Pero los Tao-sse, discípulos de Laotzé, émulo de Confucio, se remontan á tradiciones mucho más antiguas, en las cuales colocan varias dinastías, empezando por Pan-cu, apellidado *Huen-tun* (caos primordial) idéntico en atributos, como parecido en el nombre, al Manu indio. Huentun floreció dos millones ó noventa y seis millones de años antes que Confucio (¿qué importa la determinación de la época, en ambos casos igualmente arbitraria?) y tenía en la naturaleza hasta el poder de crear. Siguen á él tres famosos reinados: del cielo, de la tierra y de hombre. Los *huang* ó augustos que dominaron en estos tres periodos, excedían de los límites humanos. En el primero, tenían el cuerpo de serpiente; en el segundo, cara de doncella, cabeza de dragón, cuerpo de sierpe y pies de caballo; en el tercero, semblante de hombre, y lo demás de dragón. Vienen después diez *ki* ó periodos,

en los cuales reinan personajes con rostro humano y cuerpo de serpiente. Al fin del séptimo cesan los hombres de habitar en las cavernas; en el siguiente, comienzan á preservarse del frío cubriéndose de pieles; luego adquieren poco á poco la ciencia y la práctica y se ponen al abrigo de las fieras en casas de madera. Tsan-Ke, primer emperador del noveno periodo, inventa los caracteres alfabéticos, cultiva la música y se establece una administración bien ordenada.

Después de estas dinastías aparece Fo-hi tres mil cuatrocientos sesenta y ocho años antes de Jesucristo. Los más principian por él la historia, formando de su persona un ser mitológico y un carácter simbólico, Hoa-sse (flor esperada) hija del Señor, paseándose á orillas del río, pasó por la huella del Grande, y se sintió conmovida. Rodeóla un arco iris, concibió, y de pués de llevarlo en su seno doce años, dió á luz á Fo-hi. Encontrando éste demasiado mezquina la única escritura que se conocía entonces, consistente en cuerdecillas anudadas, inventó los ocho símbolos, ó sean tres líneas, cuyas combinaciones forman sesenta y cuatro signos. Fué el primero que creó los Ministros de Estado, tejió redes, amuralló ciudades, dió salida á las aguas, crió las seis especies de animales domésticos, el caballo, el bucy, el cerdo, el perro, la gallina y el carnero; dividió el cielo en grados; inventó el periodo de sesenta años, el calendario, las reglas de la música, y la cítara, de veintisiete cuerdas de seda. Estableció también el matrimonio, y dió leyes para regularizar la sociedad conyugal, entre las cuales es singularísima la que prohibía casarse entre sí á los que llevasen un mismo apellido. Los chinos, entre otros títulos, tienen el de *pe-sing*, que equivale á cien familias, lo que indica que la primera tribu que pobló el país se componía de cien cabezas de casa, de quienes nacieron quinientos varones, fundamento de toda la población, la cual por esta causa cuenta sólo quinientos apellidos. Los matrimonios, pues, entre ellos eran incestuosos, como entre hermanos. Dijo Fo-hi que había visto sus leyes escritas en el dorso de un dragón, lo que le valió á este animal quedar como símbolo del Imperio. En las banderas y armas del rey se le representa con cinco garras, al paso que las particulares no pueden usarlo sino con cuatro.

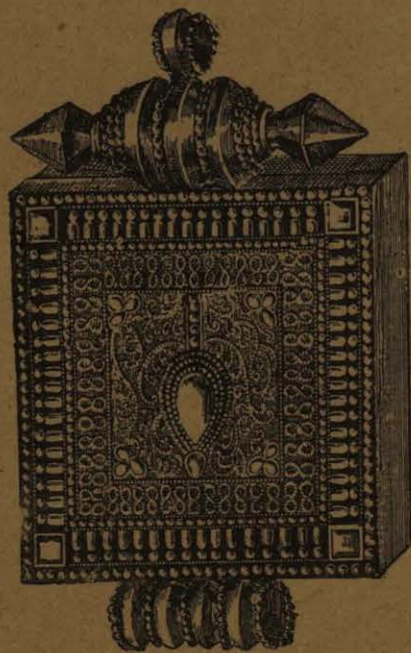
Sucedióle Chu-nung (labrador divino) que inventó el arado y enseñó á cultivar los campos,



á extraer la sal de las aguas y á regularizar las guerras. Introdujo los mercados, la medicina, los cantos; y midió además la tierra, que dijo tenía 900.000 *lis* de Levante á Poniente, y 850.000 de polo á polo.

Después de un largo intervalo viene Huang-ti, y en el año sesenta y uno de su reinado empieza el tiempo histórico para los letrados, y el ciclo de sesenta años, de á trescientos sesenta y cinco días y seis horas.

Huang-ti dividió sus conquistas en diez *tse* ó provincias; cada provincia en diez distritos, y



Amuleto budhista chino.

cada distrito en diez ciudades. Habiendo tomado diez granos de mijo, formó con ellos la línea; diez líneas compusieron una pulgada, diez pulgadas un pie, y así sucesivamente, con arreglo á la división decimal establecida mucho después entre nosotros. Sin embargo, el sistema métrico moderno es invariable; mientras que el de los chinos cambió con las dinastías según que los granos de mijo estaban dispuestos por su mayor ó menor diámetro.

Huang-ti instituyó el tribunal de la historia y seis ministros con encargo de observar los fenómenos celestes. Enseñó los principios de la aritmética y la geometría y el ciclo lunisolar de diez y nueve años, que introdujo en Atenas Meton dos mil trescientos años después. Hicieronse también entonces carros, barcas, flechas y monedas; se explotaron minas de cobre; abrieronse caminos al comercio, y se construyeron

templos al Ser Supremo (*Chang-ti*) donde Huang-ti ofrecía sacrificios en su doble carácter de pontífice y de rey. Su mujer enseñó á cultivar el gusano de seda, por lo que después se la contó entre los genios, bajo el nombre de «espíritu de las moreras y de los gusanos de seda». En suma, los cien años de su reinado son un cúmulo de maravillas de todas clases, sucediéndose con rapidez unos progresos, para los cuales basta apenas el transcurso de largos siglos.

Cuando subió al trono su hijo Chao-hao, apareció el Fung-huang, pájaro fabuloso que no se muestra sino en el reinado de los buenos príncipes, y que por esta razón llegó á servir de distintivo en el traje de los mandarines, á quienes Chao-hao concedió vestidos particulares, según el grado de cada uno, tales como hoy existen. En los ochenta años de su reinado se depravó la moral primitiva, y el culto y la música se corrompieron.

Mejor fué su nieto y sucesor Chuen-hio, que abolió la idolatría, y quitando á las cabezas de familia el derecho patriarcal de los sacrificios domésticos, reservó al emperador la facultad de ofrecerlos al Ser Supremo. Decidió que principiase el año el primer día del mes en que la conjunción del sol con la luna cayese más cerca del décimoquinto grado de Acuario, época en que la naturaleza se reviste de toda su hermosura; y por esto se le llamó «padre de las efemérides».

Ti-ko, su nieto y sucesor, aplicó su atención á las costumbres, y nombró doctores para enseñar la moral, aunque introdujo la poligamia, que desde entonces está en uso. Tuvo, por lo tanto, un harem y eunucos para custodiarlo, de donde resultaron intrigas y vicios, en atención á lo cual, los grandes del reino depusieron á su sucesor Ti-chi, después de diez años de reinado, colocando en su lugar á su hermano Yao.

Con Yao empieza el primero de los cinco King ó libros sagrados, reunidos por Confucio. Los críticos están de acuerdo en conceder á este libro una remota antigüedad, mayor que la de ningún otro documento humano. Vese allí á Yao desde el principio cuidando de dar salida á las aguas. «Presidentes de las cuatro montañas—dice—, mucho se padece á causa de las grandes aguas que se desbordan por todas partes. Sus inmensas olas rodean los montes y cubren las colinas. Levantándose progresivamente, amenazan sumergir el cielo. El pueblo de

las llanuras mira hacia nosotros gimiendo. ¿Quién podrá dominar y gobernar las aguas? Y respondieron todos: «Ahí tienes á Kuan.»

Y replicó el emperador: «No, no; ha infringido las órdenes y maltratado á sus colegas.»

Los presidentes de las cuatro montañas añadieron: «Esto no obsta para que tú le emplees, con objeto de ver lo que sabe hacer.»

«Pues que vaya—dijo el emperador—pero que no se descuide.» Kuan trabajó nueve años sin fruto.

Aquí aparece ya la constitución de un pueblo donde predomina la razón, y que no emplea millones de brazos en construir pirámides y catacumbas como el de Egipto, ó en abrir cavernas en forma de templos y perforar cordilleras de granito, como el de la India; sino en cultivar el terreno, en secar pantanos, en las obras, en fin, que tanto han aumentado y conservan aún la prosperidad agrícola de la China. El hecho más cierto de aquella historia primitiva, es sin duda la conquista del terreno inundado por las aguas, á causa de algún cataclismo, producido, como ha creído alguien, por las convulsiones de la naturaleza que separaron la América del Asia, interponiendo entre ambas el estrecho de Behring.

Lo que más sorprende son los trabajos astronómicos atribuidos á Yao. Este dijo á sus ministros Hi y Ho: «Id y observad las estrellas; determinad el curso del sol; estableced un año de trescientos sesenta y cinco días; dadle exactitud con la intercalación de una luna y la determinación de cuatro estaciones; y después de esto, cada uno llenará su deber según el tiempo y la estación, y todo marchará con orden seguro.» Envió á otros astrónomos en dirección de los cuatro puntos cardinales para fijar la duración precisa del día, y la situación de ciertos astros en tiempo dado. A nadie se le ordena inventar, y Yao debía tener conocimientos de todas estas cosas, para ordenar á sus ministros que fuesen á descubrirlas.

Siendo presentado Yao como modelo á los reyes chinos, conviene detenernos en él. Visitaba á menudo las provincias, administrando justicia é inquiriendo si el pueblo tenía hambre ó frío, y si en sus padecimientos cabía alguna culpa al rey. Para que la verdad llegase hasta él, hizo colocar en la puerta exterior de su palacio una tablilla, donde todos podían escribir sus quejas ó dar los avisos oportunos. Al lado había un tambor

en que tocaba el reclamante, y al momento venía el emperador á leer, y administraba justicia. Veló de continuo por el mantenimiento de las cinco reglas inmutables, esto es, los cinco deberes entre padres é hijos, reyes y súbditos, esposos, amigos, jóvenes y ancianos. «Hasta el tiempo de Yao (dice Meng-tseu, el Sócrates de este país), la China estaba inculta y casi despoblada, las montañas cubiertas de espesos bosques, y las llanuras de agua. Habiendo reunido Yao á los hombres diseminados en las selvas é introducido entre ellos la vida social, les enseñó á limpiar las montañas, prendiendo fuego á los bosques, á abrir canales para dar salida á las aguas y que corriesen al mar, á alimentarse con la simiente de las plantas, y también á multiplicarlas por medio del cultivo. Así los niños cantaban por



El dios Tien-tse ó hijo del Cielo.

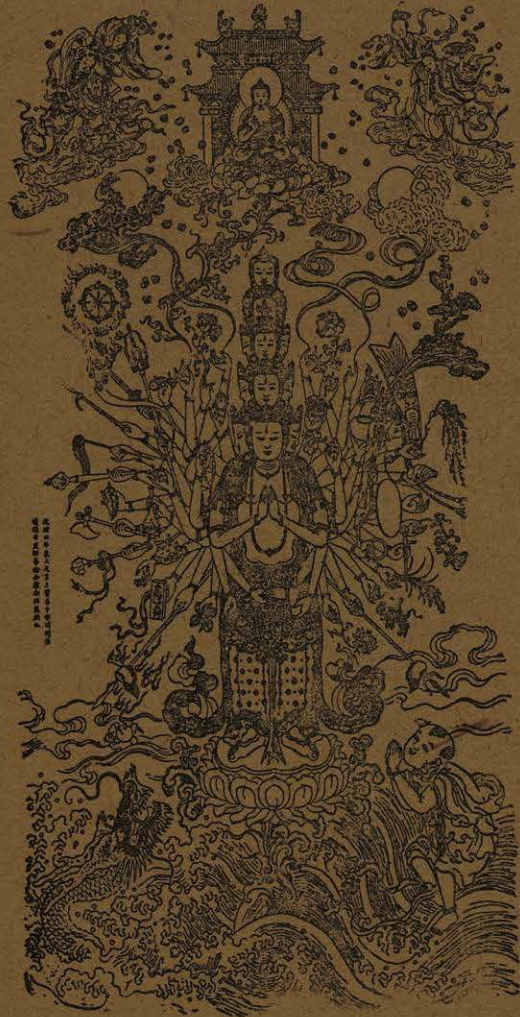
las calles: «De cuantos han ilustrado y dirigido un pueblo, no hay uno que te iguale: quien no te conoce, nada sabe: imiten todos el ejemplo del emperador.» Y un viejo, caminando tranquilamente en la misma dirección del emperador que le estaba oyendo, cantaba: «Apenas asoma el sol en el horizonte, me levanto á trabajar; y no bien desaparece, me entrego al reposo. Cuando tengo sed, bebo el agua de mi pozo; me alimento con el grano sembrado en mis campos: ¿por qué piensa el emperador tanto en nosotros?»

Habiéndole encontrado un día otro anciano, exclamó: «Príncipe santo, ojalá poseas grandes riquezas, vivas largos años, y tengas una descendencia numerosa.» «Rechazo tus deseos—respondió Yao—. Las grandes riquezas llevan consigo la intranquilidad y los cuidados: los muchos hijos causan graves inquietudes; y la larga vida nos hace arrepentir de muchos errores.» Pero el viejo replicó: «El que tiene muchos hijos, y confiere á cada uno de ellos una parte de su autoridad, se proporciona descanso. El que posee grandes riquezas y las distribuye entre los desgra-



ciados, encuentra un manantial de goces. Si el mundo es gobernado por la razón ilustrada, todo marcha en orden; en caso contrario, queda el recurso de cultivar la virtud en la soledad. ¿Por qué, pues, acortarse la vida?»

Hasta entonces, los reyes elegían la persona que debía sucederles; por lo cual, habiendo re-



La diosa de la Misericordia. (Antigua imagen china.)

unido Yao el Consejo de Estado, dijo: «Búsqese un hombre hábil para gobernar y conforme á la época: luego que se halle, me valdré de él.»

Fang-tsi indicó á Intse-chu, hijo del emperador; pero Yao respondió. «No; es ingenioso, pero solapado: gusta de disputar. Tener á semejante hombre es como no tener á nadie. ¿Quién buscará uno que se adapte á la época? Luego que se le halle, me valdré de él.»

Un ministro dijo: «Huan-teu se ha mostrado capaz y esmerado en los negocios.» Y el emperador contestó: «No; Huan-teu dice muchas palabras inútiles; y cuando se presenta alguna

cuestión, no se desenreda bien de ella. Aparenta modestia, atención y recato; pero su orgullo no tiene límites.»

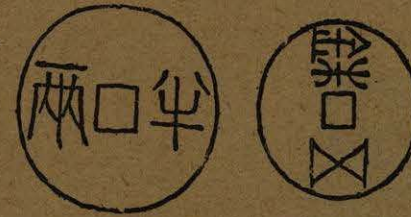
Posponiendo, pues, á su propio hijo, eligió á Vu-Chung, de humilde cuna, pero respetado por su amor filial: le dió en matrimonio á sus dos hijas, y después de experimentarlo, observando todas sus acciones durante tres años, le asoció al Imperio. Chung fué legislador; se impuso de las necesidades de las provincias visitándolas; uniformó las pesas y medidas; publicó leyes penales, permitiendo redimir con dinero ciertos castigos, y mandando que no se aplicase ninguno por culpas cometidas casualmente. Suavizó el rigor de los suplicios, substituyendo á la pena de muerte, á la marca y á la mutilación, el destierro, la confiscación y el palo. Muerto Yao, y habiendo el pueblo llevado luto por él tres años (lo que llegó á ser de rito en tales ocasiones), reinó solo Chung, el cual hizo construir muchos diques y calzadas, y asoció al Imperio á Yu.

Del mismo modo que el ministro moderno al conferir un empleo explica al agraciado los deberes que contrae, así hacía Chung con sus dependientes, y aunque no son más auténticos sus discursos que aquellos de que llenaron Herodoto y Tito Livio sus historias, conviene transcribirlos para que se conozca el ideal de los magistrados chinos. Véase lo que decía Chung á los jefes de sus provincias: «Es menester tratar con humanidad á los que vienen de lejos, instruir á los que están cerca, estimar á los hombres de talento y sacar partido de ellos, confiar en los probos y no comunicarse con los malos. —Cuando el príncipe y el ministro saben sobreponerse á las dificultades de su situación, el imperio se gobierna bien, y se hace fácilmente marchar á los pueblos por el sendero de la virtud. —No dejar en el olvido á las personas sabias, establecer la paz en todos los países, conformar sus ideas é intenciones con las de los demás, no maltratar ni despreciar al que no puede quejarse, no abandonar á los pobres ni á los infelices; tales fueron las virtudes de mi antecesor Yac.»

Luego añadía dirigiéndose á los grandes: «Aquel de vosotros que sea capaz de gobernar bien la cosa pública, será puesto por mí al frente de los ministros, para que reinen en todas partes el orden y la subordinación.»

No se vaya á inferir por esto que entrará en la Constitución china ningún elemento democrá-

tico. Tales máximas son fruto de otro principio que, juntamente con el de autoridad paterna, constituye el gobierno chino y lo modera; esto es, la ciencia de los letrados. Muerto Chung, vis-



Moneda de la dinastía Han.

Moneda feudal.

tió el Imperio el luto trienal y le sucedió Yu como jefe supremo, en quien empieza la primera dinastía china; pues entonces se restringió el derecho que tenían los emperadores de elegir entre los súbditos presentados por los grandes. Estos no escogieron ya los candidatos sino entre los hijos del monarca, no atendiendo al orden de primogenitura, uso que se conserva hasta el día, y que ofrece mayores probabilidades de buenos reinados que no la invariable sucesión directa, aunque emanen de él disenciones y guerras intestinas.

#### Las tres primeras dinastías conocidas.

La primera dinastía llamada de los Hia, empieza desde que Yu se encargó del gobierno por sí solo. Antes había realizado enormes trabajos, desmontando selvas, cegando lagunas, imponiendo orden á los enemigos, emprendiendo navegaciones y repartiendo con equidad los impuestos. Elegido emperador, tenía su corte en el Chan-si, donde se lee la copia de una inscripción que puso en el monte Eng-Chan, en el cual los antiguos emperadores solían ofrecer todos los años un sacrificio al Ser Supremo; copia que si se considera auténtica, es el más antiguo monumento que se ha escrito.

Se nombró para sucederle á su hijo Ki, y desde este príncipe el título de Ti (emperador) se mudó por el de *huang*. Su reinado fué de breve duración, y su sucesor Tai-Kang se cuidaba sólo de los placeres, y consumía en la caza meses y meses.

Los hechos que se recuerdan de aquellos primeros reyes son generalmente cacerías, excursiones contra los Miao-seu, ó hijos de los campos incultos, como llaman á las tribus salvajes, que siempre han existido y aún existen en medio de aquel culto Imperio, y guerras con los pueblos

límitrofes en las cuatro extremidades cardinales del reino del Medío y que debían ser los indios y los tibetanos.

Tai-Kang, que se separó de la senda seguida por sus padres, fué arrojado del trono, sucediéndole su hermano Chung-Kang. Este emperador es el mismo que condenó á muerte á sus ministros Hi y Ho, porque no le predijeron un eclipse. Siendo los eclipses mirados en la China como de siniestro agüero y como anuncios de la cólera del cielo hechos á los reyes, han sido siempre observados con suma atención. Al aproximarse uno de ellos, van los mandarines al palacio armados de arco y flechas, como para ayudar al rey que representa en la tierra al sol, y le ofrecen piezas de seda en honor del Espíritu. El ciego encargado de la dirección de la música toca un tambor, y el emperador y los grandes se visten sencillamente y ayunan. Así la aparición de uno que no se esperaba, ni había sido anunciado, podía perturbar el orden que en la China se considera como la primera condición de un pueblo bien administrado. En este período ya no se ve reinar entre el pueblo y el rey aquella armonía que constituía su felicidad en tiempo de los reyes fabulosos. Los grandes estaban en una continua lucha con el príncipe, no por querer dar ensanche á la libertad de los súbditos, sino á causa de ambiciones privadas ó de la disolución del monarca. Así fueron las cosas de mal en peor hasta Kie, despreciado de todos y odioso por su crueldad y sus excesos, en cuya época pareció cumplirse el destino de aquella dinastía, pues los chinos dicen que el destino «da el imperio á algunas familias para la felicidad de los pueblos, y luego las derroca cuando no pueden ya conservarlo dignamente, ó van llenando la medida de sus culpas, ó han cesado de ejecutar aquello á que estaban destinadas».

Chang, jefe de uno de los pequeños Estados



Monedas de la tercera dinastía.

que se habían formado á consecuencia de la sublevación contra el rey, exhortó á los suyos á marchar contra Kie, diciéndoles: «Kie se ha manchado con graves culpas; consume el producto



de los sudores del pueblo, arruina la ciudad capital: sumidos los súbditos en la miseria, no le profesan ya afecto, y viven desacordes entre sí. Kie dice señalando al sol: «Yo y vosotros pereceremos cuando aquel astro perezca.» «Presun-



La Gran Muralla, vista desde una de sus puertas.

tuoso! Venid á atacarlo; ó si no ejecutáis mis órdenes, os haré morir con vuestros hijos.»

Después de esta proclama, redactada en el estilo de cuantas se hacen en la China, estalló la guerra. Kie fué estronado y le substituyó Chang, bajo el título de Ching-tang, que pareció digno de dar principio á una nueva dinastía, que fué la segunda.

Había mandado escribir encima de su baño: «Para perfeccionarte, purifícate cada día, purifícate cada día, purifícate cada día.» Todos los

vasos destinados á su uso contenían también máximas. Habiendo acaecido una larga sequía y escasez, invocó sobre él solo el castigo del cielo. Dirigióse humildemente al pie de una montaña sagrada y postrado en tierra, confesó una por una sus culpas. Apenas hubo concluido su confesión, una copiosa lluvia volvió la abundancia al reino. Sucediéronse luego reyes buenos y malos, ministros leales y prevaricadores; y éstos y las mujeres rodeaban el trono. A todos los reyes excedió en crueldad el último, llamado Cheu-sin, burlonamente átroz, como Calígula. Habiendo resistido á sus criminales deseos una hermosísima doncella, que puso á su disposición un padre indigno, la mató, la dividió en pedazos, y se la sirvió de este modo al autor de sus días. En otra ocasión abrió el vientre de una mujer para examinar el feto, y Ta-tí, su concubina, reunía en el palacio jóvenes de ambos sexos, excitándoles á que se entregasen á brutales lascivias. No pudiendo callar el ministro Pi-can, reprendió por ello al rey, el cual, después de oírlo, contestó: «Has hablado á la verdad como un sabio. Cuéntase que los sabios tienen siete aberturas en el corazón. Veamos si es cierto.» Y le mandó descuartizar.

Huen-huang, príncipe de Cheu, acudió también á él con quejas; pero no atreviéndose á matarlo, á causa de su poder, lo encerró en una prisión. Sus amigos lo rescataron, dando por él una inmensa cantidad de joyas y la más hermosa doncella; y en seguida lo colocaron al frente de un partido, enemigo jurado de la dinastía reinante. Vu-huang, su hijo, reunió un ejército de los súbditos rebeldes, y derrotó á Cheu-sin, quien después de vestirse las reales insignias, se encerró en una torre con sus tesoros, y pereció allí entre llamas. Vu-

huang (el rey guerrero) ascendió entonces al trono y comenzó la tercera dinastía.

Quando verificó su entrada en la metrópoli, se presentó antes que ninguno su hermano Picung; y luego que el pueblo le vió, preguntó al antiguo ministro: «¿Es éste Vu-huang?» «No—respondió—, su aspecto es demasiado fiero. El sabio tiene el aire modesto, y muestra temor en cuanto emprende.» Apareció en seguida Tai-cung, primer ministro, montado en un hermoso palafreñ y con tremendo aspecto, y el pueblo preguntó: «¿Será éste acaso el nuevo Señor?» «No—respondió el ministro—, éste pudiera compararse á un tigre cuando reposa, ó á un águila ó á un gavián cuando se levanta. Si disputa, le arrebatara su carácter impetuoso. El sabio no es así, pues sabe avanzar y retroceder á propósito.» Viendo en seguida á Cheu-cung, hermano menor de Vu-huang, que se acercaba con aire lleno de dignidad, le tomó el pueblo por el rey; pero el antiguo ministro dijo: «No; la frente de éste aparece siempre grave y austera, y sólo piensa en exterminar el vicio. No es el hijo del cielo, sino su ministro y gobernador. Así sabe el hombre cuerdo hacerse te-

mer hasta de las personas honradas.» En esto se presentó un hombre majestuoso y sin embargo modesto, con fisonomía seria y afable al mismo tiempo rodeado de multitud de oficiales, cuyas respetuosas maneras indicaban que era el soberano; y el ministro dijo: «Este sí que es el nuevo príncipe. Cuando el sabio quiere hacer la guerra al vicio y devolver á la virtud su imperio, domina las pasiones de modo que no muestra nunca ni cólera contra el vicio, ni alegría á la vista de la virtud.»

Vu-huang fué un grande hombre, como todos los jefes de dinastías. Mudó el calendario y el color nacional, según era costumbre de los chinos casi en todos los cambios dinásticos; restableció



La torre del Cielo en Pekín.

las buenas leyes antiguas, derogó las malas, y tuvo siete historiógrafos. Señaló en feudo á los grandes que le habían ayudado pequeñas soberanías, ó más bien trató de arreglar de algún modo los feudos que los señores habían formado, y entre los cuales, como entre gentes menores consanguíneas, se engrandecía la principal, que quizá fué entonces cuando tomó el nombre de *imperio del medio*.

En tiempo de su sucesor Ching-huang, floreció en el poder el ministro Cheu-cung, uno de los



hombres más ilustres de la China, sabio astrónomo, que conocía las propiedades del triángulo rectángulo y de la aguja magnética, y se las enseñó á los pueblos extranjeros que habían acudido á su país. Los anales sagrados continúan dando cuenta de sus discursos y máximas y de las de sus sucesores que consolidaron cada vez más el Imperio chino, extendiéndolo á costa de los Estados inmediatos. El monarca más memorable de esta dinastía, fué Mu-huang, el cual se dirigió hacia Occidente, y recibió los homenajes de una reina llamada Si-huang-mu (madre del rey occidental) que le cantó estos versos: «Blancas nubes hay en el cielo, y se descubre la cúspide de un monte; para llegar á él, es muy largo el camino, y hay en el intermedio collados y ríos. Quien tiene un hijo, no muere. Cásate, y podrás volver.»

El rey contestó: «Vuelvo á las riberas orientales. He arreglado los nueve tonos de la música: los diez mil pueblos están regidos con igualdad. Os contemplo atentamente: he pasado tres años comparando y ahora me marchó á mi desierto.»

Así se introducen continuamente en la Historia la moral y la poesía. En particular, Confucio, en su *Libro de los versos* (*Chu-King*), ha conservado una porción de canciones y sátiras fulminadas por el pueblo contra los degenerados descendientes de Mu-huang, y animadas de un vigor que sorprende en una nación esencialmente ceremoniosa. Estos cantos punzantes encontraban eco en el descontento popular, al cual se siguió el levantamiento, y trescientos individuos de la familia real fueron exterminados, salvándose sólo el tirano y su hijo menor. Después de catorce años en los cuales gobernaron feudalmente los jefes de los diversos principados, fué repuesto en el solio el huérfano salvado, con el nombre de Siuen-huang.

Aunque duró muchos siglos esta dinastía (256) no sobresalen en ella nombres insignes. Los reyes se abandonan á la tiranía; mujeres y eunucos los dominan; los tártaros los acometen; á su muerte se matan centenares de personas; y al paso que la monarquía se debilita, aumentan sus fuerzas los príncipes, entre los cuales queda dividido el reino, y la anarquía afirma el pie en el país. Entre estos desórdenes aparecen dos grandes doctores, Lao-seu y Cung-futseu (Laotzé y Confucio), de los cuales hay que hablar largamente, pues resumen el estado de la civilización de una época y de un pueblo.

## CAPITULO II

### La filosofía china.

Los filósofos Laotzé y Confucio.—El filósofo Mencio.

#### Laotzé.

La filosofía china más antigua se encuentra en el *Y-king*, ó libro de las transformaciones, enciclopedia que algunos suponen ordenada por Fo-hi, y reformada de un modo más inteligible doce siglos antes de J. C. El pensamiento general de esta obra es demostrar el origen de las cosas y sus transformaciones, dependientes de la sucesión de las estaciones. Dios es considerado como el gran complemento de todo, sobre el cual están implantadas todas las cosas. Es *Ly* y *Tao*, razón y ley, y como tales se revela á nuestra inteligencia.

Desenvolvióse esta filosofía en dos escuelas, en la de Lao-seu (Laotzé) por medio de la metafísica, y en la de Cung-fu-tseu (Confucio) por medio de la moral.

En la vida de Lao-seu, como en la de todos los grandes hombres y jefes de secta, se mezclan las fábulas con la historia. Supónenle las leyendas anterior al cielo y á la tierra; esencia pura celeste, perteneciente á la naturaleza de las inteligencias divinas. Hízose hombre y se transformó varias veces, cumpliendo los diversos destinos de este mundo de polvo y de fango. «Yo—le hacen decir—nacé antes que ninguna forma corpórea se manifestase: aparecí antes que el supremo principio. Yo estaba presente cuando la gran masa primitiva se iba desenvolviendo, y estaba en pie sobre la superficie del Océano primordial, en equilibrio en medio del grande espacio vacío y tenebroso, y entré y salí por las mismas puertas de la misteriosa inmensidad del espacio.»

Estas y otras cosas sobrenaturales refieren de él los Tao-sse, secta que con los letrados y los budhistas divide aún hoy el imperio de la China, y que queriendo convertir la filosofía de Lao-seu en una religión, hace de él un ser perfecto, una manifestación de la suprema inteligencia. Pero los letrados que también le tienen veneración, aseguran que nunca pretendió ser más que hombre.

Por los historiadores, y principalmente por Sse-ma-tsián, sabemos que Lao-seu nació de familia pobre, junto á la aldea de Li, en el esta-

do feudal de Tsu, hoy la provincia de Hunan, el día décimocuarto del noveno mes del año 604 antes de J. C. Añaden, y esto ya es increíble, que su madre lo llevó en el vientre ochenta y un años, y que nació ya canoso, de donde le vino el nombre de Lao-seu (viejo niño). Los males de su patria y la universal corrupción le conmovieron de tal modo, que apartándose de aquélla, se dedicó á la vida retirada y contemplativa. Nombrado historiógrafo de un rey de la dinastía Chin, tuvo ocasión de informarse de las doctrinas antiguas y de los ritos; obtuvo después un pequeño mandarato; por último, viajó por los pueblos occidentales, y esta es la primera peregrinación de los sabios chinos de que se hace memoria. No puede decirse á punto fijo por dónde anduvo, pero es probable que visitase la Bactriana y la India y allí conociese las doctrinas brahmínicas y la gran reforma de Budha, que después había de echar tan profundas raíces en su patria. Depositó toda su sabiduría en un libro titulado *Tao-te-king*. *King* quiere decir libro clásico, y *tao-te* son las dos palabras con las cuales comienzan las dos partes de su libro. Los dos títulos unidos significan «libro de la virtud y del camino». Sobre la antigüedad y autenticidad de este libro están de acuerdo los Tao-sse y los letrados, de modo que puede tenerse por indudable. La palabra *tao* con que comienza, y que juega en él á cada momento, denota materialmente un camino, el medio de comunicación entre punto y punto; pero por no saberse con seguridad lo que significa en el sentido metafísico, resulta obscuro todo el libro. Hasta hace poco se traducía por *razón*, ahora se traduce por *camino*; y en substancia quiere decir camino de la razón. En el lenguaje de los Tao-sse adquirió una significación elevada designando la razón primordial, la inteligencia que formó el mundo y que lo gobierna como el espíritu al cuerpo; en una palabra, el Verbo de las escuelas griegas.

Lao-seu investiga el origen y destino de los seres, fundándose en una causa primera y partiendo de la unidad primordial para llegar á un panteísmo absoluto, en el cual se considera el mundo sensible como causa de todas las imperfecciones, y la personalidad humana como una manifestación pasajera del gran todo. La doctrina de este filósofo hubiera podido ser una revolución contra la sabiduría general y nacional, esto es, contra la tradición, y en favor del

raciocinio; pero la obscuridad la perjudica.

Obscura es de todo punto su metafísica; pero la Historia debe considerar á estos grandes hombres según su influjo sobre su país ó sobre el género humano. Lao-seu, con tranquila sabiduría desprecia las pasiones, se sobrepone á los intereses, á las grandezas y hasta á la gloria humana; recomienda la abnegación de sí en provecho del prójimo, y el humillarse para enaltecerse; siendo sus doctrinas muy semejantes al cristianismo que surgió siglos después. Viendo las desgracias de su patria dividida y turbada, lejos de pensar en su reforma como Confucio, se retiró de la sociedad y aconsejó al hombre que buscase en la soledad ascética la bienaventuranza que consistía en la tranquilidad. «El hombre—dice—debe esforzarse en llegar al último grado de la incorporeidad para conservarse inalterable cuanto más le sea posible. Los seres se juntan en la vida, y cumplen sus destinos: nosotros contemplamos en ellos las sucesivas renovaciones. Cada uno de ellos vuelve á su origen y volver á su origen significa ponerse en reposo. Ponerse en reposo equivale á restituir su mandato y restituir su mandato es lo mismo que llegar á ser eterno. El que sabe hacerse eterno es iluminado; el que no, está en brazos del error y de todas las calamidades.»

Por consiguiente, su moral no era activa, sino que exhala una suave mansedumbre. «El hombre santo no tiene corazón inexorable. Sea tratado el virtuoso como virtuoso, y el perverso como el virtuoso: esto es virtud y sabiduría. Con el sincero y fiel tratemos como se debe con el sincero y fiel; con el solapado é infiel como con el fiel y sincero: esto es sabiduría y virtud. El hombre santo vive tranquilo en el mundo: su corazón sólo se inquieta por el mundo, por el bien de los hombres. Si acaso éstos no piensan más que en contentar los oídos y los ojos, los santos deberán tratarlos como un padre á sus hijos.»

De suerte que en aquellos tiempos agitados, él predicaba la razón suprema, absoluta, rebatiendo la fuerza material; y proclamaba que sólo podía llamarse sabio el que se conociera á sí mismo, sólo fuerte el que se dominase y sólo rico el que supiera lo suficiente. No callaba á los poderosos las verdades desagradables. Así, decía: «Rey que gobierna con la razón no ha menester de armas para tener sujeto el Imperio. Donde se establecen grandes ejércitos pronto crecen cardos y espinas. Las cosas violentas sólo duran